

LA QUIETUD

MELISA CORBETTO



minotauro LABERINTO

LA QUIETUD

MELISA CORBETTO

minotauro LABERINTO

La quietud

© 2024, Melisa Corbetto

© Publicado originalmente por Grupo Editorial Planeta S.A.I.C., 2024 bajo el sello Minotauro®

Ilustración de cubierta: © Santiago Caruso
Diseño de cubierta: © Lucía Cornejo
Fotografía de solapa: © Melisa Corbetto

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1822-4
Depósito legal: B. 9.398-2024
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

PARTE UNO

EL HORROR

1

PUEBLADA

Qué raro era ver el pueblo con los ojos del afuera, pensó mientras la combi agarraba la rotonda de entrada, con su cartel de material iluminado. Solitario. Daba frío verlo ahí, estático, en medio de la negrura.

Quizá fuera la hora, la madrugada, pero de repente se sintió como cuando pasaban por pueblos dormidos yendo de vacaciones. Lugares raros y quietos. Ajenos. De los que jamás sabría cómo lucirían de día y habitados. De los que no iba a contemplar más que alguna avenida y un par de estaciones de servicio. Que recordaría oscuros y frescos. Muy, muy quietos. De esa forma dulce y expectante de una noche cualquiera.

Supuso que la sensación hacía eco de lo que era ahora su vida y se resistió a la idea con una piedra en el estómago y un dejo de descreimiento. ¿Por qué, si era tan ajena, había atendido corriendo al llamado? ¿Por qué había salido casi con lo puesto para estar allá temprano a la mañana? Podía contarla como quisiera, pero la sangre todavía tiraba. Tenía que estar ahí para esto. Era importante.

Puebladas, diría Damián. Para él todo era puebladas. Quería decir cosas de pueblo, de pueblerinos, de campo, pero ni le daba para encontrar la palabra adecuada ni le importaba.

Lo había dejado dormido. No se molestó en avisarle. Ya caería un mensaje a media mañana. Después no iba a hablarle por una semana, pero en este momento nada importaba menos. Tenía que estar ahí y acompañar a los suyos.

El trac de la puerta se sintió familiar cuando giró la llave de la casa. Era temprano pero la golpeó el brillo de la luz en la cocina y el olorcito a galleta caliente y manteca derretida; a café un poco quemado. Los encontró a todos en la cocina. La tele prendida en mute, el bochinche en voz baja de la primera hora de la mañana. El calefactor que quemaba mal le pareció la maravilla más grande del mundo después de caminar unas cuabras por la helada resistiendo la tentación —a pesar del frío y del dolor en los nudillos— de pisar el barro craquelado en los bordillos de las veredas. Se apoyó contra él sin sacarse el sobretodo ni la chalina.

—¿A qué hora empieza? —preguntó a modo de saludo. Apreció mucho el tazón de café con leche que alguien le puso en las manos. Tenía gordura flotando, se lo tomó con un poco de asco. Su cuerpo lo agradeció de todas formas.

—Ahora, a las siete.

Les dejó el lugar al lado de la estufa a sus sobrinos con un beso en las cabezas, agarró al más chiquito a upa, todavía dormido, todo suave y calentito. No se resistió a hundirle la nariz fría en el cuello. Tenía olor a inocencia, leche y colonia. No le parecía llevar a los nenes, pero ¿con quién iban a quedarse? Suponía que estaba bien que ellos fueran parte, que se curtieran desde el vamos, que supieran cómo eran las cosas. Si a ella y sus hermanos también los llevaban. Se acordaba de los nervios volándole en la panza por ser parte de algo de grandes, de algo que los superaba, incluso a mamá, papá y el tío Nacho, que era el más viejo y por lo tanto el más sabio de todos, al menos eso era lo que él decía. Después se aburría, terminaba llorando porque le daba vergüenza pedir de ir a hacer pis muy seguido o porque tenía hambre, y cuando había

que quedarse muy muy quietos y callados siempre terminaba quedándose dormida a upa o, si había espacio, si habían llegado a tiempo, entre dos sillas. A lo mejor era un poco tortura llevar a los chicos.

Llegó su sobrino mayor. Casi no reconoce al muchacho con sombra de barba debajo de la bufanda y doce metros de altura. Se le ablandó el corazón y él le dio un abrazo mudo y torpe que decía que, tras esa fachada de adulto, todavía era el bebecito de la tía.

—¿Es en lo del Tuerto?

—Sí, más vale.

Siempre era en el boliche del Tuerto, algunas cosas nunca cambiaban. A veces le parecía que, de hecho, nada por allá cambiaba nunca. No podía ser en otro lugar porque siempre había sido en lo del Tuerto, porque el Tuerto era parte de una de las tres o cuatro familias importantes del pueblo y la diosa no quisiera que cualquier irrelevante fuera protagonista, sonara, llamara la atención en el pueblo. Lo que era una contradicción, porque eran todos sangre de la sangre.

Pero había sangre y *había sangre*.

Y mientras algunos hacían combinaciones mejores, la mayoría no era material de consideración. No importaban.

¿Publicaste un libro y se lee en todas las escuelas del país? Nació Clarita, la nieta de Juanita de la Costa y pesó tres kilos doscientos. Ella y su mami están muy bien y van a volver al pueblo muy pronto, cuando reciban el alta. La familia De la Costa agradece el cariño e invita a los vecinos de... a compartir su felicidad en el sagrado entierro de la placenta tras la misa del próximo domingo.

¿Tenés una carrera científica exitosa y estás nominado a un premio importante? Facundito Requino García metió su primer gol hoy en la cancha infantil y juvenil de fútbol cinco. Felicidades, Facundito. Desde *El Pueblo Noticias* te vaticinamos una gran carrera en el deporte, harás que tu pueblo esté muy orgulloso.

¿Presentaste un proyecto de ley que beneficiará al campo y podría mejorar la vida de todos los vecinos? Bueno, pero la noticia del día es que Mercedes Romero abrió su nuevo local en Aristóbulo del Valle y Manuel Estrada. Los espera a todos a partir de las seis de la tarde para el cóctel de inauguración. La casa se reserva el derecho de admisión. ¡Qué gran noticia que los jóvenes talentos sigan apostando al pueblo!

Suponía que era normal. Que cada uno sabía ya cuál era su lugar.

Qué pueblada, decía Damián cada vez que la veía leyendo las noticias de su lugar natal. A veces le quitaba el teléfono y leía algunas en voz alta cagándose de risa, aunque risa no daban, y decía que tener tanta fascinación por las necrológicas y los aniversarios era la pueblada suprema. *Dale, no seas boba, te estoy jodiendo*, le aclaraba cuando ella le quitaba el teléfono muda, ocultando la rabia para que no la cargara por eso también.

Salieron en varios autos. Las calles del pueblo estaban tan colapsadas y lentas, yendo todos para el mismo lado, que parecía un cortejo fúnebre. Ella se apretujó entre dos sobrinos y su tío mayor, la campera de gamuza con corderito tenía olor a leña. No le gustaba, le daba vuelta el estómago, pero era olor a casa. Al taller del tío las tardes de lluvia, a las vueltas a la manzana comiendo mandarinas después del almuerzo. No pudo evitar refregarle la cara e ir así hasta lo del Tuerto.

Tuvieron que estacionar lejos. Al final, lo mismo hubiera sido ir andando. Esperaron a que estuvieran todos para poder sumarse a las personas que invadían la calle rumbo al boliche, que se levantaba imponente y frágil a la vez —como el templo de alguna deidad antigua que, más allá del lujo, amenaza con volverse polvo ante el menor roce— en una esquina del bulevar. Los ladrillos a la vista, a los que ya ninguna capa de cal ni pintura podía adherirse ni aunque lo intentara, te teñían los dedos de rojo cuando, ya de chico,

pasabas caminando acariciando las paredes. Era increíble que aún se sostuvieran. El cartel descolorido sobre la puerta, amarillento por el sol, roído por la lluvia y el viento inclemente de aquella zona. Los dos metegoles con jugadores de plomo abajo de los dos árboles de la entrada. Era un conjunto desolador y adorable. Cálido y deprimente. Te hacía sentir bienvenido, te daba ganas de irte.

Al costado, sobre la calle secundaria, tres bolsones de piedras y cascotes ocupaban la vereda y te obligaban a bajar a la tierra. Tenían la propaganda del horno de ladrillos y el corralón local impreso en cada cara. Detalle frívolo, algo paupérrimo, como le gustaba al pueblo.

El boliche estaba lleno y eso que era temprano, una romería entraba, nadie salía. Se tomaban muy en serio su rol de ese día.

Todo el mundo saludaba a todo el mundo. A ella no tanto. Era probable que ya no la conocieran. No podía juzgarlos, se había ido hacía tanto y era tan irrelevante... O capaz estaban resentidos justamente porque se había ido. No estaba bien visto. Vivir y producir fuera del pueblo era casi un pecado, un acto contrario a la fe. Un desprecio.

Seguro la iban a achurar en cuanto el evento se terminara. Ya podía imaginarlo. “¿La viste a la que te jedi?”, iba a soltar alguno, con un vino con soda en la mano, entre las migas de pan de la sobremesa, y ahí se iba a desatar la viboreada. ¡Lo que le iban a arder las orejas!

Los techos altos e inclinados, de madera pintada de color gris tiza. Las puertas de dos hojas con postigos, abiertas de par en par. Movimiento detrás del mostrador inmenso que ocupaba todo el boliche formando una L. Movimiento del otro lado también. Hacía calor ahí dentro, había varias salamandras ardiendo desde antes del alba.

Ya no había mesas vacías así que se quedaron parados en donde pudieron, cerca de una pared colapsada de adornos, al lado

de un Sapo al que un chico le hacía girar el molinete sin parar. El trrrr de las astas no era molesto, era hipnótico; un poco calmaba. Estaba aceitado. Sería una pueblada pero lo jugaban seguido.

En la pared de enfrente, igual de atestada, al lado de una regadera había un cartel oxidado de cigarrillos Jockey que había sobrevivido a la marca y probablemente a todos los que los fumaran, incluido su abuelo. Le dio nostalgia. Se vio en el mismo boliche tomando una Sprite en botella de vidrio un poco polvorosa y bien helada, con mucho gas que picaba en la lengua. El olor a pucho, colonia y vino. Cómo le pasaba manías por abajo del poncho aunque a ella no la dejaban comer. El recuerdo era tan embriagador como el entorno. Tuvo un poco de frío en el pecho, incluso en el ambiente caldeado.

La viuda Gonzales sentada en la barra. La mirada gacha, las manos entrelazadas. Todos la miraban con disimulo. No sería portadora de apellido, pero ese día era la protagonista.

Volaban el café con leche y el pan, las masitas con membrillo; varios se habían llevado el termo y el mate y le convidaban a todo el mundo, porque iba a ser una mañana muy muy larga y, cuando empezara, por respeto, no se podía comer ni tomar. Había que estar enfocado en la tarea.

Si se ponían de acuerdo, podía durar solo un día o dos, con una pausa para almorzar, dormir e ir a misa, tres cosas que también eran sagradas en el pueblo. Si no, había registros de algunos encuentros como ese que habían durado cinco días consecutivos, en aquellos tiempos no se hacían descansos ni para hacer las necesidades —cosa que por suerte había cambiado—, porque decisiones así se tomaban entre todos y tenían que estar todos ahí, entregados, concentrados. Ahí sí que eran todos igual de importantes.

El intendente y sus secretarios habían llegado primero y recibían y saludaban a todo el mundo con un abrazo de hermanos, porque en esencia lo eran, pero más que nada porque era año

electoral y toda ocasión era buena para hacer política: bautizos, bodas, velorios, reuniones como estas. Todas. Qué buen tipo, qué atento, qué presente.

Cuando llegó el párroco cerraron las puertas. Ya estaban todos.

La pisada era tan larga mientras se abría paso entre la gente que la sotana granate volaba a su espalda como las alas de un pájaro, un ave del paraíso, imponente y casi mitológica.

—Queridos hermanos —dijo con la voz grave y cavernosa en cuanto alcanzó la barra. Se paró justo delante de la viuda Gonzales con solemnidad. No la miró, miró a su rebaño, a su pueblo—. Hoy nos reúne una importante misión. Ser vehículos de la Diosa Madre Todopoderosa. Ser sus ojos. Ser sus oídos y su razón. Bienaventurados seamos de poder estar aquí presentes y que caiga sobre nosotros toda su bondad e infinita sabiduría. Oremos: todos somos pecadores.

—Amén.

—Yo los bendigo en nombre...

—Amén.

El Tuerto le alcanzó al padre una copita de jerez en una bandejita de plata casi sacramental. La bebió de un trago para acompañar el ímpetu de lo que venía. Fue tal el silencio expectante que el ruido del líquido bajando por su garganta resonó en cada esquina del boliche.

—Señora, te rogamos que seamos dignos de la tarea que hoy se nos ha encomendado —siguió el cura.

—Te rogamos, Señora.

—Entre nosotros se ha cometido un pecado, una ofensa que ha alterado los ánimos de la buena gente del pueblo. Es nuestra misión como hermanos, como unidad, abrirte nuestras mentes y nuestros corazones, Madre, para que nos guíes hacia la decisión correcta. Te alabamos, Señora.

—Te alabamos, Señora.

Te alabamos, Señora.

Las palabras le salían solas de la boca, pero hacía millones de años que no decía tales cosas ni acudía a un acto religioso, fuera de la fe que fuera. Probablemente desde el bautismo del sobrino de Damián. Nada que ver a los de su familia, de misa extensa, reunión en la casa, mesas largas bajo la enramada. Fue un día en un campo de Pilar después de un paso rápido por una capilla. Ninguno era muy religioso, menos Damián, agnóstico desde la cuna. O de eso se jactaba. Mucho blanco, mesas armadas, columnas de globos que no pegaban ni con cola entre el verde del campo, debajo de los árboles. Tanta inmensidad desperdiciada, tan artificial todo. Pero hay campos que *sí* y campos que *no*. Si sirve para la foto, vale. Si no, es una pueblada.

Estaba nerviosa. Tenía el estómago un poco estrujado. La ciudad, Damián, su otra familia, todo eso la había convertido en ajena. Ya no era de acá ni de allá. No sabía ni quién era. No sabía si estaba bien que estuviera ahí, no sabía si le gustaba lo que estaba pasando, pero la tradición era fuerte; las consecuencias, si faltaba, también. No sabía si estaba todo el pueblo allá dentro; por el ambiente caldeado, el olor a cuerpo, a alientos matutinos, mate y café, creía que sí. Pero el que no... Al pueblo no le gustaba que se rompiera la tradición, que no se hiciera su voluntad.

—Se trata de la señora Schinca, viuda de Gonzales, aquí presente —dijo el párroco. Señaló a la mujer, cabizbaja pero histriónica, y procedió a enunciar su pecado, su ofensa, aquello por lo que se reunían allí aquel día—. Que caiga sobre ella la justicia divina.

—Amén.

—Amén.

Amén.

Era una pelotudez, no era para tanto. No ameritaba toda esa parafernalia. Pero justamente de eso se trataba. Miró a la viuda

fijo, la acongojó la pena. Pobre mujer, no se lo merecía pero no iba a salir bien parada de aquello, que no era más que un acting para justificar la barbarie. Solamente tenían que seguir el juego y rogarle a la diosa no ser el próximo al que encontraran infraganti cuando el pueblo tuviera sed de sangre.

El barullo de voces se hizo presente y aumentó mientras todos discutían, se saludaban, se convidaban un matecito ahora que todavía podían. Tenían una misión, sí, pero aquello aún era una fiesta: verse todos, estar bajo el mismo techo. Ser los siervos fieles de la Madre y poder decidir en su nombre era motivo de festejo. Y ese era el primer paso del ritual: socializar. Le seguirían la discusión y la meditación.

Le dolía tanto la cabeza.

Vio a Luchi parado contra la pared de enfrente. No lo veía, fácil, desde 2014. Los cachetes colorados como siempre, quemados por el frío. Las pestañas largas que conocía bien, los rulos castaños cenicientos ocultos debajo de una boina de lana que tenía que estar haciéndolos sudar. Pudo sentir la textura del pelo grueso, duro, entre sus dedos.

Pelo de chanco, solían cargarlo sus compañeros y él, siempre bonachón, se la bancaba.

Cruzaron miradas a través de la habitación. Los ojos todavía sinceros. No alcanzó a sonreírle.

El pitido de su celular resonó por todo el boliche. ¿Cuándo lo había puesto en sonido?

“¿Dónde estás?”, decía Damián.

“En el pueblo”, escribió rápido. Le pareció que el traqueteo de sus dedos contra las teclas retumbaba en las vigas del techo, que iba a hacerlas ceder y que los ladrillos de barro que contenían iban a aplastarlos a todos.

“¿Me estás jodiendo?”.

Silencio. En la habitación. En la pantalla. En su cabeza.

“¿Por qué no avisaste?”.

Las voces volvieron a sonar. Como si los ojos que la miraban furiosos pudieran hablar. Como si su cerebro le pidiera a todo el mundo de golpe que se callara de una vez por todas.

—Disculpen —dijo en voz alta para todos y para nadie, para calmar la conciencia.

“Cosa de familia”.

“Yo también soy familia, Lara”.

No hubo respuesta. Guardó el teléfono ante un codazo de su hermana. No era el momento.

A veces sentía que en el pueblo hacían de una gota una tormenta. A lo mejor no tenía que estar ahí, no querían que estuviera. Era evidente que ya no era parte de ellos, y no, no le gustaba lo que estaba pasando. Si era sincera consigo misma, le parecía un espanto tanta ceremonia, tanto juicio y prejuicio. A lo mejor Damián tenía razón, estaba para más, era hora de ir dejando atrás esas *puebladas*.

Ay, ¿qué decía?

Le dolía la cabeza.

Tenía que dolerle mucho para darle la razón a los prejuicios pelotudos de Damián. Para darle entidad a alguien que se jactaba de no distinguir entre una vaca y un cascarudo.

Se sacó el sobretodo y lo dobló en el brazo. Era demasiado incómodo.

—¿Vos qué opinás? —le preguntó su hermana. No le respondió. No estaba en condiciones de opinar nada.

* * *

Se estaba alargando. Afuera la quietud típica del mediodía amenazaba con aplastar el boliche. No iban a salir de ahí ni en ocho días

a este paso. El boliche cada vez parecía más chico, los olores más intensos, el calor no daba tregua. Sentía sudada la nuca, las axilas, el pliegue de las tetas. Le molestaba el corpiño mojado contra la piel suave y sensible. Las voces le retumbaban en la cabeza.

Casi se chapa al cura de la emoción cuando propuso una pausa para el almuerzo. Para oxigenar las ideas. Se veían ahí en una hora, puntuales.

No esperó a nadie, necesitaba salir. Se abrió paso a empujones y el frío le quemó las fosas nasales hasta los pulmones en cuanto alcanzó el exterior. No miró atrás. No paró. Simplemente empezó a caminar sin rumbo, a las zancadas, con los tacos de las botas resonando en el empedrado.

Qué lindo ver a Luchi. A ver, no era que la hubiera tomado por sorpresa, pero hacía tanto que no hablaban que se sintió como un sobresalto encontrar su figura, su mirada en la multitud.

Después del colegio hablaban por Facebook, pero ¿ahora quién usaba Facebook? Sabía que se seguían por Instagram, pero era difícil responderle a sus historias: un manajo de cables, el campo helado, asado con los pibes todos los sábados. La foto infaltable, un poco chanfleada, de algo muerto recientemente a la parrilla, a medio hacer, bien engrasado, con algún tema de fondo que nada que ver y algún mensaje poco críptico con una de esas tipografías nada elegantes que uno creería que ningún adulto usaba en su teléfono.

No es que hubiera tenido ganas de sacar charla tampoco. O que las historias de ella invitaran a conversar. El amanecer en el colectivo, su escritorio ordenado con algún detalle que valiera la pena compartir (un ramo de fresas que se había comprado a la pasada, un mate nuevo, un saludo de cumpleaños). Reposteos de fotos de comida en las que la etiquetaba Damián, para quien, sorprendentemente, aquella grasada *no* era una pueblada.

Las fotos con amigos y las selfies en el espejo se habían acabado hacía mucho.

Además, ¿de qué iban a hablar? ¿De cómo no le había pedido que la esperara porque no iba a volver?

¿De cómo lo había dejado atrás igual que a todo en el pueblo?

¿De que ya no tenían nada de qué hablar?

Se dio cuenta de que había agarrado para el lado de las quintas y que iba por la banquina embarrada cuando se le hundió un taco y casi se queda en patas al intentar dar el paso siguiente sin notar que estaba atorada.

Salió con cuidado, tratando de no embarrarse peor, y entonces sintió el olor. No quiso mirar, pero lo vio: un gato reventado, el pelo opaco y arratonado. Ya no quedaba mucho del animal, poco más que el cuero y la baranda. Corrió la vista asqueada y el panorama al otro lado de la calle era peor. En la casa de los Linares, debajo de un tinglado de chapa, habían dejado un lechón atado boca abajo desangrándose. Podía ver el corte entre el cuello y el pecho, los ojitos muertos todavía desesperados. Podía escuchar a las moscas haciéndose un festín. O quizá fueran las del gato, brotando desde adentro de las tripas mismas. Era un desperdicio ese lechón. Aceleró el paso sin cuestionarlo demasiado. Al fin y al cabo, el pueblo tiene razones que la razón no entiende.

Ya sabía hacia donde sus pies la habían estado llevando todo este tiempo. Desvió para el monte de eucaliptos en cuanto tuvo chance. El camino estaba feo, pero sus botas y botamangas igual ya eran un enchastre y necesitaba ir para allá. Necesitaba paz mental. Necesitaba librarse de esa sensación inquieta que le habían dado el encierro, el gato, el cerdo.

Había un arroyo cerca de la ermita, la relajó solo escucharlo correr, todavía oculto de su vista. Cuando lo vio, había demasiado barro como para acercarse al pequeño hilo de agua turbia, pero su simple existencia le colmó el pecho.

Sí se acercó a la ermita. Estaba igual que siempre. Fría. Las mismas flores rígidas y antinaturales desteñidas, aunque a ese rincón

nunca le daba el sol. Las mismas caras de los mismos mártires. Se sentó con la espalda contra la estructura húmeda y fría, de material. Perdió la mirada en el cielo que se colaba entre las hojas filosas de los eucaliptos. Trató de concentrarse en el ruido del agua, en el frío del suelo atravesando su tapado y sus huesos, en el aire helado que apuñalaba su dolor de cabeza. No cantaban los pájaros.

Esa ermita le traía recuerdos. Había sido testigo de más actos profanos que de plegarias y rezos.

¿Qué hacía ahí un sábado al mediodía? Tenía trabajo atrasado que hacer en casa. Ropa que lavar. Hacía una semana que no limpiaba el baño y era un quilombo. Esa noche iban a salir a cenar con amigos de Damián, que seguramente en ese momento estaría enclaustrado en lo oscuro jugando a la Play. Como todos los sábados, solo que sin ella revoloteando y poniendo en orden la vida. Iban a ser un infierno la casa y la oficina en cuanto volviera.

¿Había acudido al llamado para no dejar mal parada a la familia o por ella?

A lo mejor por el pueblo, por esa cosa que corría entre el hierro de su sangre, por ese lazo maldito que la tenía atada del ombligo y no pensaba soltarla nunca, que le daba cuerda limitada y la traía de un tirón si pasaba mucho alejada.

Era una diosa celosa, pero justa.

Y era un honor ser sus ojos, su corazón y su juicio.

A lo mejor era solo bárbara y le tenía miedo.

El ruido de la cadena y la llanta embarrada apareciendo frente a sus ojos fue un déjà vu, pero fuera de tiempo. El hombre con el cuello de polar cubriéndole la boca y las arruguitas en los ojos todavía traviesos ya no era su noviecito de la adolescencia con el que acababa de ratearse de gimnasia.

—Más vale que ibas a estar acá —dijo Luchi. Su voz era la misma pero totalmente distinta, le dio escalofríos—. Te están buscando, loca. Ya hay que volver.

—¿Me vas a llevar en el caño? —le dijo cabeceando la bici.

—Más vale.

—Nos vamos a matar de un golpe, Luchi. Mirá este barro.

—Si no te quebraste una pata con esas botas de potrillo, qué te va a pasar en mi Ferrari.

La hizo reír y desconoció su risa entre los árboles. Casi se mata al ponerse de pie y se tentaron.

—¡Por qué! —se rio Luchi señalando exasperado las botas antes de ayudarla. Ella se rio tanto que casi se mea.

* * *

Iban por la banquina con la bici de tiro.

Desistieron de ir andando al segundo intento: se descontrolaba mucho en el barro. Hablaban de pavadas, al final era fácil desconectar la lengua del cerebro. Era fácil no pensar mucho. Era fácil esquivar temas y caminos.

Cuando llegaron a la altura, prefirió mirar al lechón que al gato. No supo por qué, ya que le daban la misma impresión.

Luchi le ofreció al cadáver un cabeceo respetuoso y ahí le hizo clic. No era un desperdicio. Era un sacrificio de respaldo, porque la libertad de juicio y decisión eran un cuento que no se creían ni los chicos aburridos en el boliche del Tuerto. Al final del día, tenía que haber sangre. Lo del lechón también era otra pantomima para expiarse ellos de la culpa, para pretender que estaban dispuestos al debate. La sangre de la sangre también quería sangre, y no perdían la oportunidad de volcarla nunca. ¿A quién pretendían engañar?

Le volvió el dolor de cabeza con la angustia.

—Acá ya puedo llevarte —dijo Luchi cuando agarraron la calzada.